A TINTA FRÍA

DISTOPÍA EDITORIAL

KARLA CANO
SONIA GARCÍA
FABIOLA GARCÍA
XIMENA PÉREZ
AMELIA SALCIDO
ISELA XOSPA

A TINTA FRÍA

DISTOPÍA EDITORIAL

Primera edición, 2019

Coordinación
¿Y qué? editoras

Asistencia editorial
Úrsula Treviño

Textos
Karla Cano
Sonia García
Fabiola García
Ximena Pérez
Amelia Salcido
Isela Xospa

Asesoría creativa
Bernardo Ruiz

Corrección de estilo y lecturas
Karla Cano
Sonia García
Fabiola García

Diseño de portada e interiores, y diagramación
Ximena Pérez

Ilustraciones
Isela Xospa

Fotografías de portada e interiores
Olga Palacios
Armando Rodríguez

D. R. © 2019, de los textos:
Los titulares de los derechos.

D. R. © 2019, de las fotografías:
Los titulares de los derechos.

D. R. © 2019, de las ilustraciones:
Los titulares de los derechos.

D. R. © 2019, de esta edición:
Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Cuajimalpa
Av. Vasco de Quiroga 4871,
col. Santa Fe, alc.ía Cuajimalpa
de Morelos, C. P. 05348,
Ciudad de México.
www.cua.uam.mx

ISBN:

Edición fuera de comercio.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de los titulares de los derechos.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

A TINTA FRÍA

DISTOPÍA EDITORIAL

KARLA CANO
SONIA GARCÍA
FABIOLA GARCÍA
XIMENA PÉREZ
AMELIA SALCIDO
ISELA XOSPA

Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Cuajimalpa

UiU!
UNIDAD DE IMPRESIONES URGENTES

¿y qué? editoras

Índice

Prólogo 8

¿Y qué? editoras

El librero 10

Amelia Salcido

El lector 16

Karla Cano

La correctora de estilo 20

Fabiola García

La diseñadora editorial 26

Ximena Pérez

La ilustradora 32

Isela Xospa

El autor 40

Sonia García

La editora 44

Fabiola García

La impresora 50

Ximena Pérez

La abogada 56

Karla Cano

El promotor 60

Ximena Pérez

Prólogo

Es común pasar por alto las cosas más cotidianas. Las damos por hecho, como si desde siempre hubieran sido como las conocemos: el control remoto de la televisión, para no ir muy lejos. Hasta hace poco los televidentes debían ponerse de pie, trasladarse hasta el aparato y girar una perilla si deseaban cambiar de canal.

Los citadinos, por poner otro ejemplo, a menudo olvidan que la bolsa de frijol en el pasillo tres del supermercado llegó ahí gracias al trabajo de cientos de personas que labraron la tierra, cosecharon, transportaron, procesaron y empacaron las semillas; que se requirió de una inversión inicial para hacer la siembra y de una estación de lluvias favorable para que rindiera frutos. Es verdad, querido lector, la bolsa no apareció allí mágicamente.

Con los libros pasa lo mismo. En ocasiones, los propios integrantes de la industria editorial creen que es viable borrar de un plumazo a un colega para ahorrar tiempo, dinero o molestias. Ocurre que el autor no encuentra sentido en que un corrector de estilo cambie comas y palabras a su texto; el diseñador juzga que el impresor no tiene nada que ajustar a sus archivos porque éstos son *perfectos*, y el editor no deja que el diseñador haga su trabajo de manera apropiada porque está empeñado en supervisar hasta el último detalle de su propuesta.

El lector mismo suele ignorar el proceso que sigue un contenido para convertirse en un producto legible y disfrutable. Con frecuencia piensa que no hay intermediario alguno entre él y el autor, lo que invisibiliza toda la maquinaria editorial puesta en marcha con cada publicación.

¿Qué pasaría, entonces, si aquellos que se encargan de hacer los libros, las revistas y los periódicos desaparecieran? ¿Qué sucedería si las personas que los escriben, leen, diseñan o corrigen se esfumaran? ¿Cómo sería nuestro mundo en ese caso?

A tinta fría. Distopía editorial plantea escenarios ficticios en los que los profesionales de la industria dejan de existir. Los diez relatos que estás por leer narran los problemas —no tan hipotéticos— desencadenados tras el extravío de los personajes, su enfermedad, la suplantación de su identidad o su asesinato. Serás testigo de las extrañas circunstancias que obligan al librero, al lector, a la correctora de estilo, a la diseñadora, a la ilustradora, al autor, a la editora, a la impresora, a la abogada y al promotor a abandonar su lugar de trabajo. El objetivo de estos cuentos es hacer evidente lo que a simple vista pasa inadvertido: el importante papel que cada actor desarrolla y el empeño con el que lo hace.

¿Y QUÉ? EDITORAS

el librero

Óscar es un joven estudiante a quien le costó mucho entrar a la universidad. Lo intentó varias veces, hasta que finalmente consiguió ingresar a la Facultad de Medicina; incluso, le otorgaron una beca. Con ese dinero se sentía millonario, tanto, que destinaba buena parte a comprar libros. Prefería tener los suyos propios porque los de la biblioteca eran obsoletos, estaban rayados, incompletos o pegajosos; además, con frecuencia no encontraba los que necesitaba.

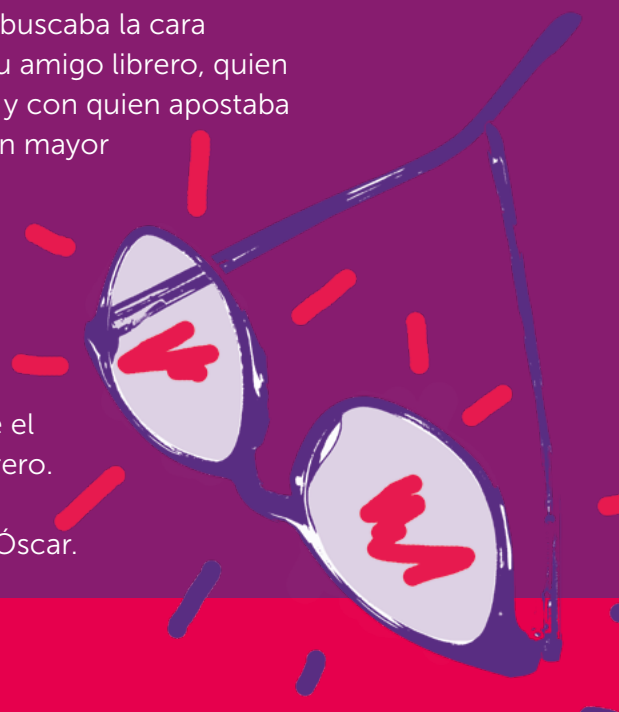
Para Óscar era un placer visitar la librería; era casi un ritual. Caminaba mucho porque le quedaba lejos; nada raro, considerando que había muy pocas en la ciudad. Tomaba un camión atiborrado y después se internaba a pie por las calles del Centro. Tomaba con calma y gusto ese paseo, disfrutaba del paisaje urbano y los detalles de las calles y avenidas.

Al llegar a la librería, siempre buscaba la cara cargada de años de don Juan, su amigo librero, quien le comentaba los títulos nuevos y con quien apostaba sobre cuáles serían recibidos con mayor entusiasmo.

—¿Cómo está, don Juan? —preguntó Óscar esa tarde, mientras se abanicaba con el folleto que tomó al entrar a la librería.

—¿Qué tal, Óscar? ¿Qué dice el calor?—preguntó a su vez el librero.

—Como que se antoja una cervecita... —pensó en voz alta Óscar.



Como que se antoja agarrar un buen librito, irse a la playa y sentarse a leerlo con una cervecita

—Como que se antoja agarrar un buen librito, irse a la playa y sentarse a leerlo con una cervecita, ¿no? —respondió con un largo suspiro don Juan.

Ambos soltaron sendas carcajadas, lo que llamó la atención del resto de la gente en la librería.

—Mira, te recomiendo *A tinta fría,* es una antología de cuentos acerca de personajes que desaparecen en medio de extrañas circunstancias... ni te cuento más para no arruinarte las historias. Estoy seguro de que te va a gustar —afirmó don Juan—. Si no te gusta, ni me la pagas. ¿De acuerdo?

—Uy, será para la otra, don Juan. Vengo buscando un ladrillo de Gómez Alarcón para mi tesis: *Metodología*

de la investigación, bioestadística y bioinformática en ciencias médicas y de la salud. La segunda edición ya está actualizada —pidió Óscar con tono arrepentido mientras miraba con deseo y curiosidad la portada de *A tinta fría*.

Don Juan sonrió y meneó la cabeza:

—No creas, Óscar, ese Gómez Alarcón no debe ser tan malo. Lo piden mucho.

El librero se dirigió hacia la sección de Ciencias Médicas. Óscar lo observó desde atrás: ya era un hombre mayor, podría ser su padre o hasta su abuelo; cojeaba un poco de la pierna izquierda. Al subir a la escalerilla para tomar el libro del estante de arriba se tambaleó; al bajar ocurrió lo mismo. Afortunadamente no se cayó.

—Me hubiera dejado a mí, don Juan.

—No, ¿cómo crees?, si ésta es mi chamba —aclaró satisfecho.

Días después, al volver a la librería, Óscar no vio a don Juan. Pensó que había cambiado su día de descanso o que habría ido a atender algún asunto urgente.

La muchacha que se ocupaba de la caja le informó que no sabía nada de él. Como Óscar ya conocía la distribución de la librería,

no le costó trabajo encontrar el ejemplar que buscaba.

Durante varias visitas, Óscar notó la ausencia constante de su amigo. Casi mes y medio después, don Juan seguía sin aparecer. La cajera recibía los libros que iban llegando, pero no había quién los acomodara bien; sólo el Hugo, del que no se sabía si hacía el aseo o si era aprendiz de todo y oficial de nada, intentaba acomodar; pero nada más. Óscar tuvo que hurgar entre las cajas llenas para encontrar el manual que necesitaba. Los libreros eran un desorden: la física y las novelas eróticas se mezclaban extrañamente con la filosofía. Aquello ya no tenía pies ni cabeza.

Cuando volvió a preguntarle a la cajera por don Juan, ésta, sin volverse siquiera, se encogió de hombros:

—No sabemos. Un día nomás no vino. Hasta su hija pasó por aquí a buscarlo. Dijo que se lo tragó la tierra. El dueño, el Hugo y yo creemos que se lo tragaron los libros.

Al salir, Óscar atravesó el pasillo donde el viejo le había recomendado aquel libro de cuentos, *A tinta fría*. Le llegó de pronto el recuerdo de la última conversación con don Juan: "Como que se antoja agarrar un buen librito, irse a la playa y sentarse a leerlo con una cervecita, ¿no?". Óscar sonrió ante la posibilidad.

En la que sería su última visita a la librería, Óscar caminó más despacio de lo habitual. Con facilidad encontró el ejemplar de *A tinta fría*. Lo abrió en una página al azar y leyó en letras grandes: "Imagínese usted en una playa lejana...". ¿Leyó? No, más bien la veía, una playa con un mar azul que se perdía en el horizonte, y en la playa, próximo a una enramada que lo protegía de la intensa luz, percibió la silueta de don Juan leyendo absorto. Sonrió y con paso firme se dirigió hacia él.

Imagínese usted en una playa lejana

EL LECTOR

Día tras día, Carlos se levanta al amanecer; no por decisión propia, sino porque desde niño es incapaz de permanecer hasta tarde en la cama. A las cinco y cuarto —y a veces antes— abre los ojos y le es imposible volver a conciliar el sueño. Tiene 67 años y sabe que no debe insistir, hace tiempo que dejó de pelear con el insomnio.

Bosteza, estira los brazos y las piernas. Después, cuenta "A la una, a las dos y a las..." y se incorpora sobre el lecho que comparte con Sonia, su esposa. Luego, se pone de pie sin hacer ruido. Camina somnoliento hasta la mesa de la sala, donde le esperan libros, revistas e impresos de distinto tipo: ensayos filosóficos y políticos, diarios, mapas de carreteras, poemarios y textos que tratan temas científicos o que exploran teorías del espacio y del tiempo.

Desde joven suplió el placer de dormir por el de leer: leer de todo. Su novela favorita es *La historia interminable*, de Michael Ende. Le gusta especialmente el diseño de los textos en dos colores: uno representa el mundo real y el otro, el de Fantasía. Las ilustraciones son magníficas y el cuidado del texto es impecable.

Esa mañana, sin embargo, Carlos no acudió al llamado de sus

libros. Desde hace meses su tiempo de sueño se ha reducido drásticamente, come cada vez menos, tiene ocasionales mareos y parece soñar más, pero despierto: dragones voladores, tierras fantásticas y virus poderosísimos que exterminan a la población masculina ocupan sus pensamientos y sus conversaciones. Las ojeras en su rostro, siempre presentes, se han acentuado en exceso.

La lectura, antes apacible, ahora es febril... parece buscar algo entre las páginas de aquellos volúmenes apilados sobre la mesa. Sonia está muy preocupada. Su marido no era así.

Los libros, asegura Carlos, requieren un lector que los adopte. Sin éste, son entes incompletos. Ambos, lector y libro, forman parte de un ciclo infinito en interacción constante: como una serpiente que se muerde la cola. Sin lector no habría libros y viceversa; ambos se necesitan y se complementan. Mas la fiebre en la frente de Carlos aumenta. Está en cama y él, lo sabe muy bien, apenas soporta la cama...

PROHIBIDO LEER

PROHIBIDO LEER

¡NO ME DEJEN DORMIR!

Su mujer llama al médico de toda la vida, quien acude en su auxilio tan pronto como puede; le receta reposo absoluto y ansiolíticos que le ayuden a descansar. Le prohíbe leer. Carlos se niega rotundamente: ¿qué pasará con sus libros si él no los atiende? Quizá desaparezcan o los mundos de ficción en sus páginas se desvanezcan o tal vez él y su esposa se esfumen de la Tierra: ¿qué pasaría si ellos fueran los personajes de una historia que en este momento es leída por alguien más a quien el doctor no le permite continuar la lectura?

—¡No me dejen dormir! —exige—. ¡Me convertiré en trasgo! ¿No lo entienden?

—Necesita re-po-so —concluye con autoridad el galeno antes de inyectar algo en el brazo del paciente.

Carlos cierra los párpados lentamente. El sopor se apodera de su cuerpo. Entre parpadeo y parpadeo es capaz de ver cómo el mundo que conoce se hace cada vez más borroso hasta que el cansancio de años por fin lo vence. Carlos duerme, mas no para él, ya que contempla a una princesa a la que debe regalar un nombre para que la Nada no destruya su vasto imperio.

La Correctora de Estilo

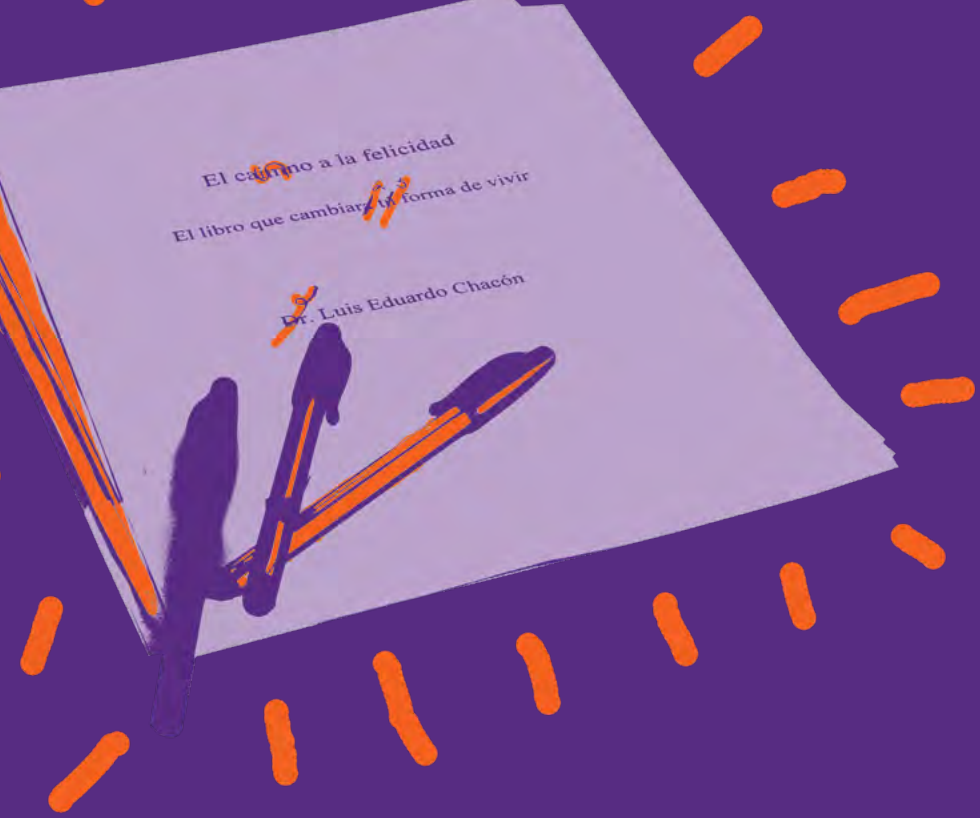
el resentimiento creció

Elena es mi novia desde hace siete años... quizás debería decir *era*: ya no estamos juntos. Empezamos a salir poco antes de terminar la carrera de Letras. Durante meses y meses la había observado en las clases; me gustaba su seguridad y su obsesión por nuestra profesión. Parecía de aquellas personas que tienen la certeza de lo que están haciendo y que saben a dónde quieren llegar. No como yo, que he ido por donde la vida me ha llevado, sin certeza alguna por nada.

Nuestros primeros años juntos fueron intensos, llenos de emoción y, ciertamente, de pasión y deseo. Estábamos enamorados y nos divertíamos con todo. Eso cambió. Cuando terminamos la escuela, Elena encontró rápidamente un trabajo como correctora de estilo en una editorial. Estaba feliz, decía una y otra vez que era el trabajo ideal, que le fascinaba leer y releer el mismo texto en busca de erratas y de mejores maneras de decir lo mismo.

A mí me tomó más tiempo encontrar el camino; en realidad, el camino me encontró a mí. El primer trabajo que me ofrecieron en la vida fue como profesor de español y lo acepté, aunque desde el principio intuí que me rezagaba un poco, porque Elena tenía un trabajo importante, estaba construyendo una carrera y un prestigio. Yo no tenía nada de eso.

Tales diferencias nos fueron alejando. Con los años, ella cada vez estaba más concentrada en su oficio y recibía, una tras otra, nuevas ofertas de trabajo. En tanto, yo seguía dando clases en el mismo colegio de siempre. El resentimiento creció entre nosotros. Yo envidiaba



su evolución laboral, la manera en la que había logrado crecer, conseguir mejores empleos, hacerse de clientes: en suma, lo que me había atraído de ella, ahora nos separaba. Ella veía con desprecio mi tibieza y —secretamente, sin duda— anhelaba mi tiempo libre.

A pesar de todo, seguíamos juntos, pero no revueltos. Ella rentó un departamento y yo permanecí en casa de mis papás. Elena argumentó que en su nueva etapa como correctora *freelance* necesitaba un espacio tranquilo, donde pudiera trabajar sin distracciones. Fue tajante en su decisión de no vivir conmigo; su única concesión fue darme una llave de su departamento.

aquello parecía una abducción

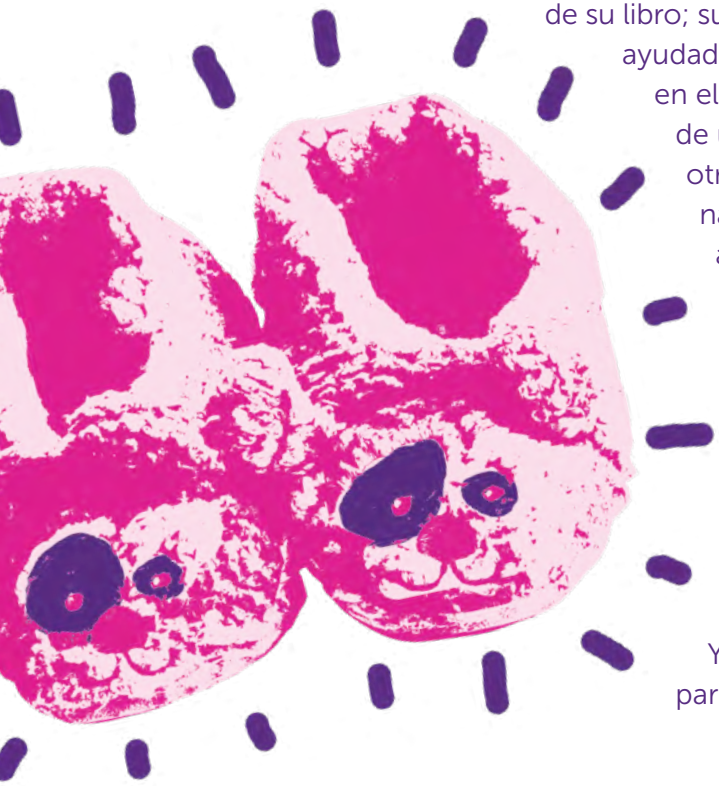
En los últimos meses, Elena estaba tan ocupada que apenas nos reuníamos un par de veces a la semana. Cuando iba a su casa, ella seguía trabajando en su escritorio, mientras yo veía televisión o imaginaba lo maravilloso que sería tener un trabajo silencioso, íntimo, lejos del bullicio de los alumnos. Por su parte, ella se quejaba de que su labor ya no la satisfacía, ni le resultaba tan apasionante como al principio; lo cual me parecía absurdo en la medida en que había logrado todo lo que había soñado desde que estábamos en la escuela.

Hace una semana Elena desapareció. Cuando no contestó su teléfono durante un par de días, fui a buscarla. Su universo estaba intacto. Los diccionarios no se habían movido desde la última vez que estuve ahí; el libro de Roca Pons se quedó señalado en el capítulo acerca de las preposiciones, y no se habían acumulado más *post-it* con notas sobre la mesa y la computadora.

Continué mi pesquisa: ni la comida del refrigerador ni la despensa se notaban alteradas. No estaba bajo las cobijas ni desmayada frente a la televisión. El baño estaba limpio, como recién aseado, y nadie había apuñalado a Elena en la regadera. Tampoco la encontré mirando al infinito desde su ventana. Sus pertenencias estaban en su lugar; sólo faltaban sus pantuflas y su pijama, que eran su uniforme de trabajo. Aquello parecía una abducción.

Mientras estaba ahí, llamó uno de los autores que Elena estaba corrigiendo. Me explicó que ella no había respondido su último correo. Me ofrecí a tomar su mensaje. Él quería decirle que estaba de acuerdo con la mayoría de los cambios propuestos para su libro; pero que de ninguna manera estaba dispuesto a cambiar la palabra *ordenador* por *computadora* —él siempre lo ha dicho de esa manera y no le importaba otra opinión—. Prometí pasar el recado.

A mi vez, prendí la computadora de Elena y revisé sus correos electrónicos en busca de alguna pista en torno a su desaparición. El *mail* más reciente era de una autora satisfecha; ella estaba feliz con las modificaciones a su texto. En el mensaje le agradecía por ser la primera lectora de su libro; su corrección la había ayudado a ver el momento en el que olvidó el nombre de un personaje y le dio otro, cuando cambió la narración de pasado a presente sin darse cuenta y que siempre escribe "aveces" sin separación. Dijo que, como revisora, encontró las palabras exactas que ella no pudo expresar y le dio la claridad que tanta falta le hacía al libro. Ya estaba listo "su bebé" para los ojos del mundo.



Me sorprendió la capacidad de Elena para ponerse en la piel de otros —en la del escritor y el lector— y corregir los textos para ser fieles a uno y comprensibles para el otro. ¡Qué maravilloso trabajo!

Sobre su escritorio había diversos montones de papeles, libros que estaba corrigiendo. Uno se llamaba *La aeronáutica en México. Una revisión histórica;* otro, *El camino a la felicidad*; uno más, *La noche en que Camilo murió*. ¿Acaso Elena era experta en todos esos temas?

Las hojas tenían notas escritas a mano en los márgenes del texto impreso; símbolos que parecían claves secretas y círculos que encerraban párrafos completos. Parecía que su color preferido era el rojo y su actividad, tachar palabras, sustituirlas por unas nuevas y cambiar el orden de las oraciones.

En las hojas de *El camino a la felicidad* había una oración que Elena subrayó enérgicamente: "Si no eres feliz, deja todo y busca una nueva vida". ¿A dónde habrá ido? Lo ignoro.

Caí en la cuenta de todo. Era lógico. Pensé en los últimos años y en cómo poco a poco fue odiando lo que amaba. Con la seguridad y el egoísmo que la caracterizan, abandonó casa, novio, clientes... Por lo menos me dejó la oportunidad de ser corrector de estilo, aunque sea bajo la usurpación de su nombre.

Si no eres feliz, deja todo y busca una nueva vida

La diseñadora editorial

Son las diez de la mañana, Andrea se sirve un café con la sensación de haber olvidado algo importante desde hace mucho tiempo. Medio amodorrada, enciende la computadora: "¿Habrán llegado los cambios?". Piensa que Elena, la correctora, anda rara; muy, muy rara: le mandó incoherencias, correcciones repetidas, un marcado extrañísimo. No contesta las llamadas y, por lo que le dijo Gaby, la editora, tampoco se ha parado en la oficina.

Encuentra en su bandeja de entrada un correo de la editorial: aparentemente, la correctora ha hecho tanta locura que hay que formar todo de nuevo. Le habían ofrecido el trabajo de corrector a otra persona, pero, al parecer, nadie más lo quiso. "Qué raro, pues ¿cuántos correctores hay en este país?". Aprovechando, quieren rediseño total. Andrea no se queja: le van a pagar el doble; los nota desesperados.

Revisa las notas de la editora: se trata de la crónica de un equipo editorial que desaparece por causas misteriosas; alguien quiere evitar la publicación de un libro. Con una mueca que

Chale, qué trama más chafa

intenta ser una sonrisa piensa: "Chale, qué trama más chafa".

El libro es para público adulto; no puede pasar de 72 páginas con todo y las de cortesía, las preliminares y el colofón. Mientras busca nuevas referencias en internet y en sus libreros, suena el celular. Es un número desconocido. Piensa que seguramente es el banco e ignora la llamada. Abre los archivos que le mandan para guiarse y encuentra una foto para la portada; se vuelve a reír, pero menos efusivamente: la chava que ve en la pantalla es igualita a la correctora. Se pregunta si será una broma. No se llevan tan bien.

Suena el timbre, abre la puerta. Enseguida un golpe la aturde y pierde el conocimiento...

Cuando abre los ojos se da cuenta de que no ve nada, todo es oscuridad. Se revisa la nariz, la mandíbula... busca su celular, lo encuentra y

enciende la linterna. Todo alrededor es negro, sin puertas ni ventanas: "¿Cómo diablos llegué aquí? ¿Qué es este lugar?". Su teléfono carece de señal, pero aún puede ver las notificaciones de mensajes que le envió la editorial: "¿En dónde estás? Entregaste mal las correcciones. Tus propuestas están fuera del presupuesto, ya habíamos comentado que el libro se imprimiría a dos tintas y no a cinco. ¡Por favor, ya no le hagas modificaciones al texto!". Andrea sólo se limita a pensar: "¡Qué demonios! Yo no hice nada de eso. ¿Alguien se estará haciendo pasar por mí y está haciendo todo mal a propósito? ¿Le habrá pasado lo mismo a la correctora?".

De pronto el cuarto se ilumina completamente hasta el punto de enceguecerla; despierta en el sofá de su casa mientras su perro levanta las orejas y le gruñe. En cuanto se incorpora, ligeramente mareada, se sienta frente a la computadora. En efecto, se enviaron archivos mal formados, cajas tipográficas y retículas que no vienen a cuento; párrafos completos con cada letra en distintas fuentes;

locuras, solamente locuras. Intenta corregirlas, pero su mente ya no funciona; las ideas no se coordinan con su cuerpo. Desesperada, se lleva las manos a la cara y grita: "¡He perdido la capacidad de diseñar!".

Se escucha el cerrojo de la puerta. Es su madre, quien entra con precaución, como si tuviera miedo:

—¿Mami?

—Querida, no tomaste tus medicamentos. Hay que ir al hospital —Andrea, ya más tranquila, se ríe.

—¡Sí!, sabía que algo se me olvidaba.

Su mamá con voz preocupada sigue:

—Gaby me contó que llamaste al impresor alegando que los últimos archivos enviados eran los correctos. Al bendito señor no se le ocurrió preguntarle a nadie más y casi le cuestas el tiraje completo a la editorial. Por fortuna, se dieron cuenta a tiempo de que todo estaba mal.

Andrea vuelve a reír, luego a llorar: "Maldita locura". Su mamá saca del cajón los medicamentos. Andrea los toma dócilmente y se recuesta rodeada por los brazos de su madre.

—Ay, mijita: mañana tendrás que buscar otro trabajo.

AY, MIJITA:

MAÑANA

TENDRÁS QUE

BUSCAR OTRO

TRABAJO

LA ILUSTRADORA

En la editorial se hacen, entre muchos otros, libros de Biología, Anatomía y Medicina. Su elaboración requiere de expertos en la materia y de cientos de imágenes que ilustren con detalle las partes del cuerpo humano. Por el momento, la oficina es un caos: antes de fin de año deben tener listo el volumen anual que la Sociedad de Ortopedistas regala a sus miembros más distinguidos. Como ejemplo les dieron *Física médica*, un libro editado hace un lustro. Los ortopedistas quieren el mismo estilo de ilustración y, de ser posible, al mismo artista.

nadie sabe el nombre del ilustrador

nadie sabe el nombre del ilustrador

Sin embargo, hay un problema: nadie sabe el nombre del ilustrador; al parecer olvidaron incluir su crédito. Han llamado a todos los artistas registrados en la agenda, pero ninguno de ellos es especialista en huesos ni recuerda haber ilustrado ese libro. "¿Qué vamos a hacer?", fue la cuestión de la reunión semanal.

—Pregunten al contador si entre los gastos y pagos de esa edición está la factura de este dibujante —solicitó Paco, el jefe de redacción.

—Dice el contador que ese pago no ha salido, se traspapeló y el recibo de honorarios del ilustrador se perdió —declaró el asistente contable.

—Pregúntenle al abogado, debe haber un contrato de derechos con el ilustrador.

—Dice el licenciado que no hay contrato: el ilustrador entregó su trabajo y nadie le dio nada a firmar —intervino la secretaria desde su escritorio.

Juanita, la señora que limpia la oficina, escuchó el alboroto y se animó a decir que a quien estaban buscando era a la señorita Ana.

—¿Ana? —preguntaron todos.

—Sí, Ana. Esa señorita que se vestía muy raro y que venía de vez en cuando a la oficina a entregar y a hacer dibujos.

Juanita contó que Ana tuvo un escritorio en donde ahora están el garrafón de agua y el microondas. Les confesó que ella guardó los cuadernos que la ilustradora dejó olvidados y que los muñequitos que usaba como modelos se los había regalado a su nieto.

El equipo editorial le pidió a Juanita que le entregara lo que tenía, de seguro ahí encontrarían una pista del paradero de la dibujante de huesos. Juanita llevó un cuaderno tamaño carta muy grueso y pesado, las hojas eran blancas y de un papel muy bonito.

Revisaron todas las páginas: al principio había dibujos de huesos, cartílagos, ojos, dientes, manos y pies. Casi a la mitad, descubrieron una serie de viñetas que ilustraban una historia de zombis. El realismo era sorprendente; un virus había provocado una epidemia de seres que se comían los cerebros de los humanos.

El cuaderno pasó por las manos de todos.

—Pero ¡qué buena está la historia! —declaró el contador.

—Es una lástima que esté inconclusa —se lamentó la asistente editorial.

para qué dibujar

Los héroes de la historia eran seres superdotados que tenían la habilidad de dibujar todas las partes del cuerpo humano a detalle, vectorizaban sus trazos en computadoras gigantes y les daban salida en impresoras 3D. En su laboratorio, injertaban las impresiones en los cuerpos que habían sido atacados; en cuestión de horas las víctimas regresaban a la normalidad con sus facultades intactas.

Los ilustradores más eficientes y detallistas estaban a cargo de la elaboración de cerebros. También tenían un área de experimentación en la que un equipo dedicado al perfeccionamiento de las prótesis buscaba crear una raza de seres superiores, capaces de comunicarse telepáticamente con cualquier ser vivo.

Comparando la rapidez de los zombis para comer cerebros con el tiempo que les tomaba a los ilustradores realizar un trabajo perfecto, muchos comenzaron a quejarse, así que se organizó un consenso para decidir qué hacer:

—Son muy lentos. ¿Para qué dibujar cerebros con tanto detalle? —se preguntaban algunos.

—Hay que tomar cartas en el asunto, no podemos seguir dependiendo de esos ilustradores —berreaban otros.

—Para qué dibujar si podemos tomar fotografías —se quejaba un señor.

—Yo, en la secundaria, tomé clase de artes plásticas; estoy segura de que ese trabajo se puede hacer más rápido —aseguró una muchacha.

para qué dibujar

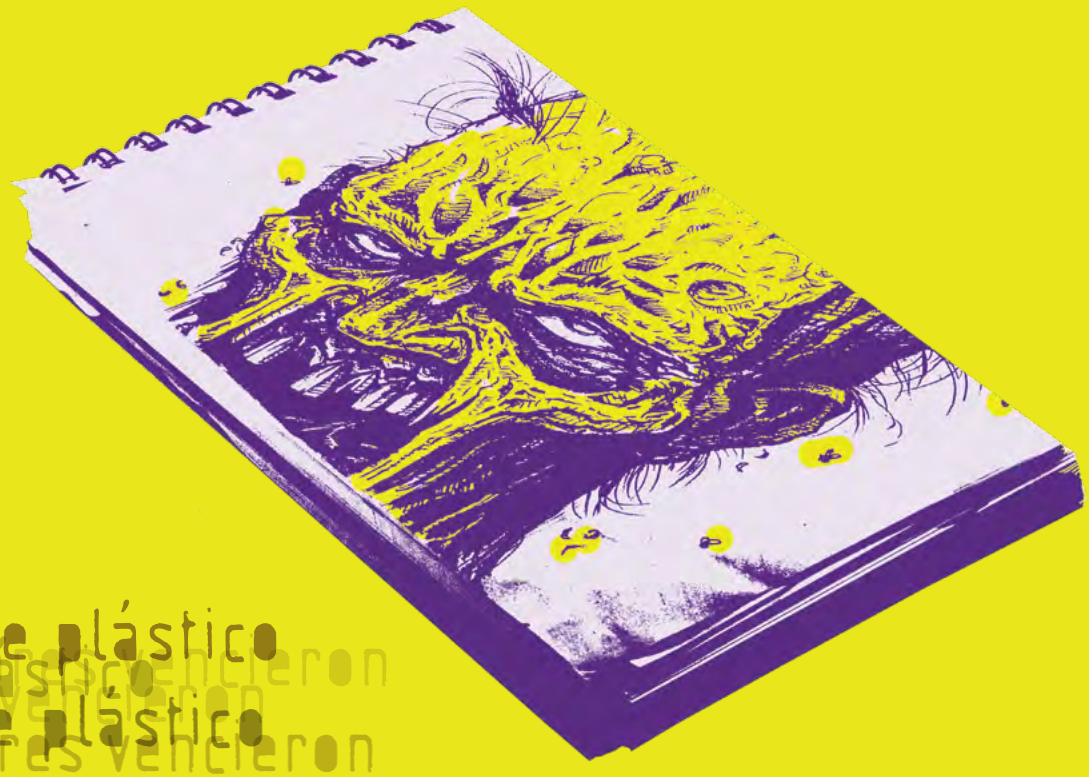
—Mi hijo dibuja muy bonito —comentó sin modestia una señora.

—Sale muy caro dar mantenimiento a esos aparatos en los que dibujan e imprimen. Mejor hagámoslo nosotros mismos —gritó una voz entre la muchedumbre.

Los dirigentes decidieron que, debido a la urgencia de los eventos, no podían darse el lujo de seguir dependiendo de los ilustradores.

—Cualquiera que sepa dibujar puede ayudar a combatir la plaga —aseveró el líder. Fue así como surgió una nueva raza humana con cerebros muy raros...

Mi hijo dibuja muy bonito



cerebros de plástico los ilustradores vencieron zombis

—Y ¿luego? —quiso saber la diseñadora.

—¿Será que en lugar de zombis terminamos con un planeta lleno de gente con materia gris de dudosa calidad? —reflexionó el jefe de redacción.

—Yo creo que los ilustradores vencieron y cambiaron los cerebros de todos por otros perfectos de plástico —apuntó la señora Juanita.

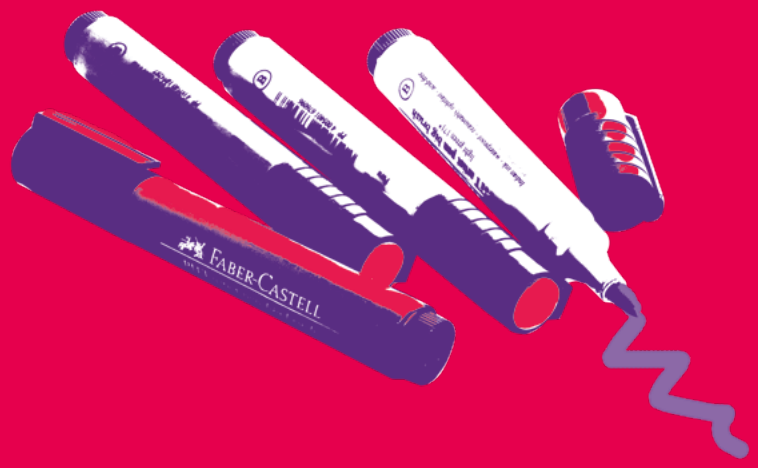
—Naaa, yo pienso que los ilustradores perdieron y todos terminamos con la cabeza repleta de basura —declaró desilusionado el abogado.

Mientras todos discutían el final de la historia, la secretaria se llevó el cuaderno de la ilustradora a su escritorio y revisó una a una las notas dejadas en su interior. Había un listado mensual de dibujos e ilustraciones entregadas a la editorial: "200 para el libro de Biología, 30 para el de Medicina, 3 propuestas de portada para *Células madre*".

También estaban los teléfonos y los correos electrónicos de editores, diseñadores y otros ilustradores, cada uno de ellos con su foto de perfil zombi. Además, había apuntes un poco raros: una lista de las veces que había visto todos los capítulos de *Star Wars* en el año, un listado de conferencias y paneles de cómics, y detalles de sus finanzas. "Pero ¡qué barbaridad! Esta muchacha se gasta todo lo que gana en *apps*, libros, ropa, juguetes, disfraces y música", pensó con escándalo la secretaria.

"¡Por fin! ¡Una pista!": encontró un *post-it* que decía: "Llamar a mamá: 30 45 56 79". La secretaria marcó aquel número:

—*You are calling to the International Space Society of Illustrators against the Zombies. For English press one,* para español presione dos...



You are calling to the International Space Society of Illustrators against the Zombies. For English press one, para español presione dos...

El autor

El reloj marcaba las cinco menos siete y era la tercera taza de café que se servía. Llevaba días con la hoja en blanco y los lápices afilados, pero no conseguía redondear la idea para dar por terminado ese trabajo. Había leído por segunda vez *Campo intelectual y proyecto creador* de Bourdieu, como si fuera una fuente de inspiración —igual que la *Iliada* o *Madame Bovary*— y seguía dándole vueltas a la idea de que hay que situar a la obra y al artista dentro de un sistema de relaciones que incluya a creadores, editores, críticos y diversos públicos. Cualquier cosa que eso signifique. Lo demás le parecía bastante aburrido.

Tu libro me cambió la vida

Él, Ortega, siempre ha sido muy soberbio y escrupuloso. Para nadie es raro que tenga largas discusiones al teléfono con su editora y más con el corrector en turno. Con frecuencia ha retrasado la edición de alguna de sus obras debido a su estilo recargado, aunque lo cierto es que tiene muchos lectores. Cuando asiste a ferias de libro o presentaciones, los jóvenes entusiasmados esperan el tiempo que sea necesario para tener una rúbrica suya y poder decirle: "Tu libro me cambió la vida".

¿Yo escribo para los otros o para mí?

Así que, a pesar de las críticas, no está de acuerdo en cambiar su "estilo" y escribir conforme a los lineamientos que pide su editora. "¿Quién le da valor a una obra? ¿Quien la escribe o quien la lee? ¿Yo escribo para los otros o para mí?", se preguntaba mientras sorbía otro trago de café. "¿Tengo que pensar en esos públicos?".

Esas ideas le calentaban la cabeza, ¿en qué radicaba su libertad creadora?, ¿dónde estaba el límite? Esa noche, ante los cientos de pensamientos que se agolpaban en su mente y lo asfixiaban, decidió salir a dar un paseo.

Días después, alguien llamó a la puerta; al no recibir respuesta la golpeó con fuerza: ésta cedió fácilmente. Desde la semana anterior el autor no respondía las llamadas, así que Gaby, la editora, decidió ir a buscarlo.

Todo parecía intacto; el lugar tenía el acostumbrado desorden de aquella mente creativa. Cada cosa estaba tal y como la había visto hace ya algunos meses, cuando acudió a este mismo departamento a recoger a Ortega para llevarlo a la presentación de uno de sus libros: montones de hojas con tachones, pequeñas notas, *post-it* de varios colores: azul para aceptar las modificaciones, rojo para cambiar la idea, verde para no moverle ni una coma.

Lo buscó por toda la casa, pero no tuvo éxito. ¿Qué iba a hacer sin su escritor estrella? Una editorial sin escritores es como un cine sin películas. Si él no aparece, ¿qué harán con los veinte mil ejemplares programados para imprimir este año? El contrato con el impresor ya está hecho. ¿Qué sucederá con la presentación en la Feria Internacional del Libro de Bogotá?

Sin ese nuevo título, miles de jóvenes se sentirán decepcionados: porque, aunque el autor no quiera aceptarlo, escribe para sí, pero también para ellos; por algo lo siguen tanto.

Sin los escritores, las editoriales no tienen pretexto para existir. Sin gente como él —que sabe usar las palabras para decir lo que llevamos dentro (aunque como personas sean necios y pesados)—, los que somos torpes con el lenguaje nos quedaríamos tristes, cojos.

La editora sufre con la idea de que algo le haya pasado en esa ciudad dominada por el crimen. Piensa que quizá le dieron una cuchillada cuando se resistió a entregar su cartera o que se encuentra irreconocible en un hospital debido a un conductor imprudente. Piensa, también, que quizás es momento de buscar un escritor fantasma, uno de esos que copian el estilo de los otros y que viven de ocultar su nombre en favor de los famosos.

Pero sabe que lo encontrará: infectado por un virus en un hospital, en un parque, una cantina, una librería del Centro, una biblioteca pública, un antro o en el lugar menos pensado. Va en su busca, sin pensar en la morgue ni en un taller literario ni en una presentación en Bellas Artes. Pinches autores, son imprevisibles.

Sin los escritores, las editoriales no tienen pretexto para existir

LA LA LA EDITORA

EDITORA

EDITORA

EDITORA

EDITORA

Gaby es mi amiga desde hace quince años y mi paciente desde hace algunos meses. En todo este tiempo la he visto desempeñar distintos trabajos, desde maestra de español hasta redactora de artículos, pasando por correctora de estilo y escritora fantasma; sin embargo, ninguno había resultado tan peligroso como el más reciente.

DURANTE MUCHO TIEMPO PENSÉ QUE GABY TENÍA SUPERPODERES

Desde hace cuatro años trabajaba como editora; su labor consistía en elegir los títulos de literatura que publicaría la editorial y supervisar cada paso del proceso hasta que los libros llegaran a las manos de los lectores. Ésta parece tarea fácil, pero poco a poco la fue consumiendo.

Durante mucho tiempo pensé que Gaby tenía superpoderes —no había otra manera de explicar la cantidad de tareas que realizaba—: un día estaba en la oficina revisando un manuscrito, al día siguiente volaba rumbo a Frankfurt para negociar la traducción al español del título más vendido en Dinamarca; días después, se encontraba representando a la editorial en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara y durante el fin de semana se le veía en el centro cultural más prestigiado de la ciudad promoviendo alguna publicación reciente. Parecía que sus días duraban cuarenta y ocho horas, que tenía el poder de teletransportarse y la capacidad de trabajo de un robot japonés.

Hace diez meses me llamó, no como amigo, sino como médico. Buscaba un remedio para estar más despierta y alerta. Su trabajo la estaba acabando, la abrumaba, la disminuía, pero no encontraba la manera de reducir las horas de oficina, eliminar las juntas con los autores o deshacerse de las lecturas que se acumulaban en su escritorio. Yo le recomendé lo más sano para cualquier persona: más horas de sueño, menos horas de trabajo, ejercicio diario y tres comidas balanceadas al día.

Tiempo después, Gaby volvió a mi consultorio. Su aspecto era peor que la última vez, estaba perdiendo la batalla: las ojeras eran enormes y se le veía bastante más flaca y encorvada. Llevaba, como si estuviera adherida a ellos, un vaso desechable con café negro y varios manuscritos engargolados con *post-it* como adornos de árbol de Navidad que salían de entre las páginas. La invité a sentarse y liberarse de sus "cadenas", pero incluso cuando dejó todo sobre la mesa no mostró ningún alivio.

no podría resistir su voracidad por más tiempo

EL TRABAJO SE LE VENÍA ENCIMA

En aquella consulta, además del evidente cansancio crónico, noté que sus problemas habían crecido y alcanzado su cabeza. Me explicó que el trabajo se le venía encima, que no podría resistir su voracidad por más tiempo; ya no podía dormir ni pensar en nada que no fueran los libros que posiblemente publicaría, los que se estaban imprimiendo, los que se almacenaban en las bodegas, pero que debían venderse, o los que se estaban corrigiendo o ilustrando. Soñaba con una gran noche de juerga, como si fuera su Xanadú, pero le daba miedo "morir en el umbral del paraíso". Toda una pesadilla.

Con pudor señaló que cada día se sentía más pequeña —literalmente más pequeña—; sus pendientes la aplastaban como una losa y su cuerpo estaba cediendo. Hacia mis adentros reconocí que su comparación era acertada; no sólo estaba más flaca y encorvada, pese a sus casi uno setenta y cinco de altura. Su cuerpo parecía reducido. Me sorprendió el poder de su mente: cuando estaba segura de algo, su cuerpo le respondía; no me expliqué de otro modo su intempestiva y paulatina reducción de tamaño. Busqué entre mis contactos el teléfono de un colega dedicado a la psiquiatría y se lo entregué a mi amiga en una tarjeta. La urgí a llamarlo cuanto antes para empezar de inmediato el tratamiento de su salud física y mental.

Gabriela, mi amiga Gaby, no llegó a la siguiente cita conmigo. Le llamé por teléfono varias veces, pero no obtuve respuesta. Sin más, me acerqué a su oficina con la esperanza de encontrarla trabajando sin parar. Le expliqué a su asistente mi relación con ella; quien, mortificada, contó que llevaba varíos días sin verla. Confesó que había desconectado el teléfono porque no paraba de recibir llamadas de los impresores, los escritores, los distribuidores, los autores, la abogada... parecía que el mundo se venía abajo sin su intervención. Después de todo, Gaby, claramente, tenía un superpoder.

Entré a su despacho y enseguida me sentí abrumado. No había un solo espacio vacío; todo eran papeles, libros, facturas, pruebas de color, tarjetas de presentación, cuentas, contratos. Mientras intentaba asimilar la lógica del lugar, escuché un ruido entre los papeles del escritorio; luego, se repitió, otra vez y otra y una más. Parecía que algo se movía entre todo aquello. Primero con temor y luego con desesperación despejé la mesa: no encontré nada. Supongo que, al fin y al cabo, era verdad que sus pendientes la devoraron. Descansa en paz, Gabriela.

La iMpreSoRa

MINERVA NO PIDIÓ ESTO; NO LO QUERÍA, PERO NO LE QUEDÓ DE OTRA...

Minerva no pidió esto; no lo quería, pero no le quedó de otra...

Todo empezó un lunes cualquiera, se levantó a las seis de la mañana para preparar el desayuno a su pequeño hijo y hacer las labores domésticas. A las nueve se fue a la imprenta de la familia para abrir, revisar el estado de los pedidos y el inventario de papel y tintas. Era un día normal.

Su papá y sus hermanos eran ahí los jefes; los que hablaban con los clientes directamente, los que sabían de los formatos de papel, de acabados y de barnices; eran a los que les decían "maestro" o "don" y les daban una palmadita en el hombro. Ella, en cambio, era invisible, la chica Aceves, quien sólo se encargaba de llevar las cuentas y de mandar al mensajero con los clientes para que revisaran las pruebas de color.

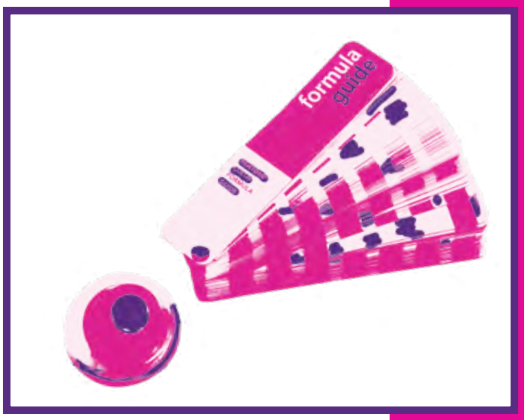
Ese día, su papá no llegó a las diez ni a las once. A las once y media, Minerva se preocupó. Finalmente, le llamó al celular; se enteró de que tenía algo raro en los ojos, unas manchas y mucha fiebre; iba al médico.

El señor Aceves fue declarado el paciente cero. Tres días después murió de... no se sabía de qué. Le llamaron "la enfermedad del impresor". Le siguieron los hermanos, los primos, los amigos. El gremio quedó sin hombres y, aunque quedaban las mujeres para sacarlo adelante, el miedo las invadió. Sólo ella se atrevió a continuar.

Minerva localizó a Jonathan, un impresor amigo de su hermano. Él se había retirado a tiempo de la ciudad y había logrado sobrevivir. A la distancia, mediante largas lecciones al teléfono y maquetas en papel que tardaban días en llegar, Jonathan le enseñó todo lo que debía saber: revelar negativos, sacar pruebas, meter el rollo de papel en una rotativa que le compró baratísima a una viuda. Minerva aprendió los recovecos de la preprensa, a sacar las cuentas para el rendimiento de papel, a imponer pliegos y a entrenar el ojo para captar los matices del color. Aprendió todo de la voz, que no de la mano de su maestro, a quien tiempo después llamó esposo.

Gracias al tesón y a las máquinas de Minerva, sobrevivió un único periódico regional; además, imprimía todo lo que podía: folletos, revistillas, carteles... a veces, incluso, lograba que se tiraran libros de autores, románticos del papel, que se negaban a ser leídos en pantalla. Llegó incluso

a imprimir la propaganda gubernamental para las elecciones de aquel año y conoció la casa presidencial. Su prensa era la única que se escuchaba en la colonia Algarín.



Como siempre, los desposeídos fueron los más afectados: carecían de libros de texto y de tabletas electrónicas. Ellos tuvieron que estudiar a partir de cuadernillos escritos a mano por profesores dedicados. Minerva hizo lo que pudo e imprimió para ellos algunos libros de texto y de literatura, pero la demanda era excesiva y no podía cubrirla en su aplastante totalidad.

Poco a poco los hombres sobrevivientes regresaron a la ciudad, pero bajo la cruz de no volver a las imprentas, ahora tomadas por mujeres valientes que se arremangaron y metieron las manos en la tinta sin saber si la enfermedad algún día también las alcanzaría.

Jonathan, cuando volvió, veía todo tras bambalinas, celoso por no poder tocar la tinta. Él, desde la seguridad de una oficina, se encargaba de tratar con los clientes, contar el dinero, responder llamadas... cada día más molesto.

Al paso de las semanas y los meses, las peleas se volvieron constantes, Jonathan no soportaba que su mujer fuera una heroína para el país. Según él, Minerva carecía del talento del gremio, pero ella no lo había pedido: sólo se fajó las enaguas ante la adversidad, aunque tenía la capacidad, el genio y el talento —bastaba con enumerar los resultados—.

UN DÍA, MINERVA TAMPOCO APARECIÓ

Un día, Minerva tampoco apareció en la imprenta. La última vez que la vieron fue la madrugada anterior, saliendo del taller rumbo a su casa. Días después, la encontraron tirada en un canal con heridas abiertas por todo el pecho. La investigación se volvió parte de las estadísticas de feminicidios.

A los hombres los mataba la tinta, a las mujeres, el rencor...

Las máquinas dejaron de funcionar, el periódico ya no se publicó y la propaganda en papel desapareció. En pocos meses, aumentaron los problemas: para leer había que recurrir a pantallas costosas y la desinformación se multiplicó. En algunas colonias hubo, incluso, saqueos a las bibliotecas locales o delegacionales. En otras, nadie resintió las consecuencias.

Los libros impresos se volvieron el artículo más preciado entre las clases medias y altas. Las mujeres que aprendieron de Minerva regresaron al trabajo tras llorarla hasta quedar secas. Lo dijeron, lo juraron: la imprenta no estaba destinada a morir con Minerva. Y así, han vuelto.

La abogada

Luisa se estaba estrenando como abogada especialista en derechos de autor. Su nuevo puesto en la editorial la tenía nerviosa y los tropiezos no se hicieron esperar, pues equivocó el título de la obra en un contrato millonario con un autor famoso, una de las joyas más preciadas de la casa editorial.

Luisa había cuidado cada detalle en la elaboración del documento: se había asegurado de que la remuneración fuera la acordada, de que se detallaran puntualmente las fechas para la entrega del original, el trabajo editorial y la impresión; también había redactado minuciosamente lo relativo al pago de regalías y se encargó de establecer con precisión los acuerdos de distribución. Sin embargo, errar es de humanos y sí, también de abogados.

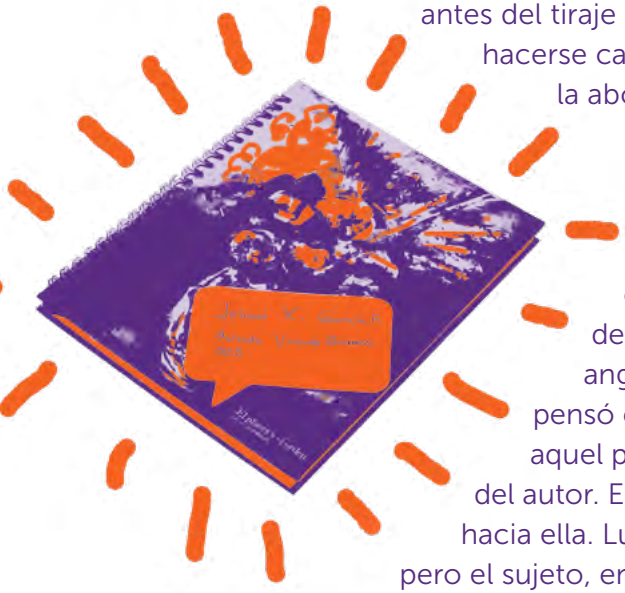
El equívoco, que ahora le parecía tan evidente, pasó inadvertido ante sus ojos, los de sus asistentes, los del director comercial e, incluso, los del mismo autor, quien prefería hacerse cargo personalmente de sus negocios y prescindir de la asesoría de un abogado experto en esos temas.

Así, el error supo rehuir las más estrictas revisiones. Luisa no sabía cómo, pero ahí estaba. El contrato, ya firmado, no servía para nada; debía hacerse un nuevo documento. No obstante, había un problema: el autor. No se sabía nada de él desde hacía algunas semanas.

Luisa confiaba en arreglar el asunto de forma rápida y discreta

En fin, Luisa confiaba en arreglar el asunto de forma rápida y discreta. Sin decirle nada a nadie, se presentó en el domicilio del autor, quizá la recibiría.

Encontró la puerta entornada. Un olor nauseabundo provenía del interior. Dudó un momento; ¿debía entrar? Abrió un poco más la puerta: en el centro de la estancia pudo distinguir un pliego extendido de papel que parecía ser la prueba de color de alguna portada. "Seguro que la trajeron de la imprenta para su visto bueno antes del tiraje final... Hasta de eso quiere hacerse cargo este señor", pensó la abogada.



Después, un rumor atrajo su atención: un ser deforme reptaba hacia ella. No podía tenerse en pie: estaba en los huesos; los ojos delataban un estado psicótico, angustiado. Se acercaba. Luisa pensó en salir corriendo, pero en aquel pedazo de ser reconoció algo del autor. Era él, sin duda, y venía directo hacia ella. Luisa aún pensaba en huir, pero el sujeto, en quien era obvio el estado agonizante, no parecía querer hacer daño a nadie. La abogada debía solucionar el error. Su trabajo

La abogada debía solucionar el error. Su trabajo y su reputación dependían de ello, así que se armó de valor

y su reputación dependían de ello, así que se armó de valor.

—Señor Ortega, buenas tardes, señor, disculpe, lamento molestarlo... —atento, el autor se estacionó en el recibidor; la abogada traspuso el umbral para ir hacia él—. Fíjese que tengo un problema con su contrato...

Luisa salió exultante: tenía la firma; un tanto maltrecha, pero legítima. De pie en la acera, inspiró profundamente; seguía con náuseas, un vacío crecía en su estómago y sudaba frío. Desde su celular solicitó un Uber que la trasladara al aeropuerto; debía llegar a la FIL Guadalajara. El director comercial estaría allá para concretar algunos negocios y su firma era necesaria para el trámite del contrato.

Luisa estaba preocupada por su salud; temía que el autor la hubiera contagiado. Además, la feria estaría llena de gente y aquello se podría convertir rápidamente en una epidemia; sin embargo, el deber la llamaba.

Está de más decir que el asunto del contrato fue resuelto y que a Luisa la enfermedad aquella sólo la obligó a pasar algunos días en cama. El libro fue un éxito, lástima que el autor no sobrevivió al bicho ése para verlo.

la feria estaría llena de gente y aquello se podría convertir rápidamente en una epidemia; sin embargo, el deber la llamaba

EL PROMOTOR

WILLIAM CLAXTON

Damián siempre estaba sumergido en vinilos y libros; nunca fue sociable. De casa iba al colegio, del colegio a casa. Él mismo cocinaba —le fascinaba hacerlo—; después, oía *jazz* mientras comía y leía.

Amaba a Minerva, su madre: la heroína nacional que consiguió mantener a flote el oficio de impresor hace ya mucho tiempo. Sus recuerdos juntos eran pocos, pero intensos. Cuando la epidemia comenzó, a Damián lo mandaron lejos para evitar el posible contagio. Al volver a la ciudad, el tiempo que pudo pasar con su madre no fue suficiente... nunca lo es.

Tuvo una infancia feliz a pesar de todo; Carmen, la mejor amiga de su madre, lo crio con amor después de quedar huérfano. Sin embargo, el pequeño siempre prefirió los libros y la música más que a sus semejantes. Tan incómodo se sentía en la presencia de otros que, cuando debía lidiar con ellos, procuraba llevar consigo hojas de papel para hacer figuras de origami... e ignorarlos. Así se hizo adulto.

Mientras crecía, el mundo no fue amable con el papel impreso; proliferaron las publicaciones digitales —que sin duda eran útiles, aunque carecían del intenso y seductor aroma a tinta fresca—. Éstas fueron el pilar de sus estudios en la Escuela Nacional de Música. Pero Damián siempre prefirió el placer de la lectura impresa. Afortunadamente, las industrias editoriales, después de lustros, volvieron a florecer.

Aunque Damián siempre pensó que sería músico, otra profesión se le atravesó en el camino. Carmen, quien era coordinadora de promoción en una editorial de cocina y música, le pidió un enorme favor: necesitaba con urgencia que alguien presentara el más reciente título de la

editorial, pues el erudito que lo haría canceló en el último momento.

Carmen sabía que Damián era experto en música y literatura, por ello lo impulsó a hacer lo que él más odiaba en la vida: hablar. No fue una tarea sencilla, pero lo logró a cambio de presentarle al autor de aquel volumen, uno de sus músicos favoritos.

Aquella experiencia, sin embargo, convirtió al muchacho en otra persona. Damián logró que la novela causara un profundo interés en el público. Los jóvenes entusiastas de la música con los que convivía fueron la prueba de fuego. La pasión con la que Damián conversaba al respecto del libro logró que sus compañeros leyeran una y otra vez cada párrafo como si fueran las estrofas de una canción. Después de esa tarde, su vida cambió: exigió a Carmen que le permitiera seguir con aquello. Así, su vida iba de Wagner a Thomas Mann y de Charlie Parker a Joyce.

A Carmen y Damián les dio por ofrecer presentaciones fuera de serie: comilonas extravagantes con literatura y música como ingredientes principales. Damián empezó a viajar a las ferias del libro; sus estands eran los más visitados por sibaritas y diletantes, además de jazzistas, rockeros, chefs trashumantes y neófitos curiosos de la gastronomía; todos deseosos de escucharlo disertar al respecto de la pasión de combinar cada sentido con un nuevo título donde gustos y aficiones se entreveraban con placer y misterio. Cada libro promovido se convertía prontamente en un *best seller.*

Con los años, Damián continuó siendo un hombre sencillo; sabía ahorrar y organizar las presentaciones más increíbles con el menor presupuesto. Lo guiaban la pasión y un fino olfato al respecto del gusto de las audiencias.

COMILONAS EXTRAVAGANTES CON LITERATURA Y MÚSICA COMO INGREDIENTES PRINCIPALES

Cada entrevista que concedía para presentar un título recibía elogios de todo orden. Llevó la gastronomía y la música a un enorme número de hogares en el mundo; ya no era un alienado, era un guía cuya atención se disputaban los famosos del medio... sin embargo, un buen día se enamoró.

Caminaba por los pasillos de la Feria del Libro de Buenos Aires cuando divisó a la joven presentadora de un álbum ilustrado acerca de lo que llamaba "inoculados", una especie de momias, vampiros o zombis... algo así; desde ese momento ya no fue capaz de quitarle la vista de encima.

Ese día se ausentó de la actividad que lo había llevado a Argentina: se fue con ella y le regaló su canción favorita. El romance duró lo que duró la feria: dos semanas. Después, se separaron: Ana, la ilustradora de azules cabellos, le confesó que no podría quedarse a su lado, que la organización secreta para la que trabajaba no se lo permitiría.

DEJÓ DE ESCUCHAR MÚSICA. LA COMIDA NO TENÍA SABOR, LOS LIBROS LE PARECÍAN VACÍOS

Damián, desde entonces, dejó de escuchar música. La comida no tenía sabor, los libros le parecían vacíos, igual que sus presentaciones... y el mundo. Sin más, volvió a su mutismo; su alegría y pasiones desaparecieron. Los *paparazzis* que lo seguían le perdieron la pista en un abrupto sendero montaña arriba. Nadie volvió a verlo.

La editorial para la que trabajó Damián se fue a pique: no basta hacer libros, ¡hay que venderlos! Como una medida urgente para salvar sus recursos, la empresa produjo versiones digitales de los volúmenes promovidos por Damián, pero la fórmula se agotó rápidamente: las ventas pronto pasaron de ser mínimas a inexistentes. Después, la empresa se vio obligada a publicar libros sobre músicos mediocres y recetarios de cocineros de televisión. Luego, sin remedio, fue evidente que los libros hechos al vapor resultaron no ser de interés para nadie.

Pasados algunos años, un nuevo testigo juró haber visto al promotor en el bosque. Vestía de manera extraña; cargaba algunos libros e iba de la mano de una niña pequeña. Ella empuñaba varios lápices de colores. Iban felices.

El informante aseguró que los siguió hasta la entrada de un túnel, donde en una roca estaba grabado el número 30 45 56 79 junto con las siglas ISSIaZ. Nadie pudo confirmar la historia; al hombre le fue imposible dar con el sitio exacto nuevamente. Mientras tanto, todos afirmaban que el cerebro del testigo ése era de una calidad bastante cuestionable.

ESTABA GRABADO EL NÚMERO 30 45 56 79 JUNTO CON LAS SIGLAS ISSIaZ

¿Y qué? editoras

KARLA DOLORES CANO SÁMANO

Es licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM. Fundó y dirigió la revista de literatura *Matar Dragones*. Laboró en el INAH como correctora y como jefa del Departamento de Impresos, de 2005 a 2012. Se desempeñó como asistente editorial en FLACSO México, de 2012 a 2016, y como editora en la Dirección de Publicaciones y Promoción Editorial de la Rectoría General de la UAM, de 2016 a 2019. Es pasante de la Maestría en Diseño y Producción Editorial en esta misma institución. Actualmente funge como subdirectora de Redacción y Corrección de Estilo en el Programa Editorial del Gobierno de la República, y como autora y editora en ¿Y qué? editoras.

SONIA ANGÉLICA GARCÍA GÓMEZ

Es editora de la *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género* de El Colegio de México, y autora y editora en ¿Y qué? editoras. Es candidata a maestra en Diseño y Producción Editorial por la UAM Xochimilco. Es licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM y pasante de Periodismo y Comunicación Colectiva por la misma universidad. Fue asistente editorial de la revista *Algarabía* y responsable de comunicación de la fundación Reintegra. Fue becaria y asistente de investigación de El Colegio de México y del Instituto Nacional de Salud Pública.

FABIOLA GARCÍA SAN VICENTE

Es editora especializada en libros infantiles y juveniles. Colabora con diversas editoriales de libros de texto, literatura infantil y libros informativos como editora, correctora, redactora de contenidos y mediadora de lectura; también es autora y editora en ¿Y qué? editoras, y maestra de español como lengua extranjera. Es licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM y candidata a maestra en Diseño y Producción Editorial por la UAM Xochimilco.

XIMENA PÉREZ VIVEROS

Es licenciada en Diseño de la Comunicación Gráfica, especializada en Diseño Editorial. Ha diseñado y diagramado libros tanto en instituciones de gobierno (SEP y Conafe) como privadas (Trillas, Santillana, Planeta y Castillo). Es creadora y diseñadora de la revista *Semillero, sembrando ideas* y autora y diseñadora en ¿Y qué? editoras. Es egresada de la Maestría en Diseño y Producción Editorial en la UAM Xochimilco con un proyecto de publicación periódica sobre cuerpos no normalizados.

ROSA AMELIA SALCIDO ÁLVAREZ

Es licenciada en Comunicación Social por la UAM Xochimilco (2008). Desde 2011, es jefa del Proyecto de Redes Sociales de la Rectoría General en esta misma casa de estudios, donde ha impartido diversos cursos de apertura, administración y actualización en el uso de redes sociales tanto al interior de la universidad como en otras instituciones de educación superior. Es autora en ¿Y qué? editoras. Actualmente es estudiante de la Maestría en Diseño y Producción Editorial en la UAM Xochimilco.

ISELA XOSPA

Es ilustradora, archivista y editora independiente. Su proyecto gráfico y editorial ha sido publicado en el *Diario de Nueva York*. Ha participado en ferias de libro independiente, foros de comunidades migrantes en Nueva York y en el Museo del Barrio de esa misma ciudad, como parte de las actividades infantiles de lectura. Actualmente dirige Ediciones Xospatronik (2014), editorial autogestiva e independiente que aborda temas y personajes de Milpa Alta, región nahua de la Ciudad de México; además, es autora e ilustradora en ¿Y qué? editoras.

¿Y QUÉ? EDITORAS

¡Gracias!

A tinta fría. Distopía editorial surgió como un proyecto académico en la Maestría en Diseño y Producción Editorial de la UAM Xochimilco. Agradecemos la orientación, el conocimiento y los consejos que profesores y compañeros de la quinta generación compartieron con nosotras para enriquecer este libro: en especial a Mariko Lugo y Marco Ocampo.

También, damos gracias a la UAM Cuajimalpa por impulsar este proyecto hecho por miembros de la comunidad universitaria en pro de la preservación y difusión de la cultura.

Directorio

Universidad Autónoma Metropolitana

Dr. Rodolfo René Suárez Molnar
Rector de la Unidad Cuajimalpa

Dr. Álvaro Julio Peláez Cedrés
Secretario de la Unidad

Mtra. Mónica Jiménez Sánchez
Coordinadora de Extensión Universitaria

Mtro. Carlos Francisco Gallardo Sánchez
Jefe de Publicaciones

La Unidad de Impresiones Urgentes (UIU) es un dispositivo editorial concebido para producir memoria impresa de acontecimientos e iniciativas que buscan construir comunidad desde y para el presente. Cada pieza que se realiza apuesta por expresar la circunstancia que la genera, tanto en lo conceptual como en su materialidad y circulación. La UAM Cuajimalpa es la base de operaciones.

A TINTA FRÍA

DISTOPÍA EDITORIAL

Se terminó de imprimir en noviembre de 2019, en los talleres de Impresión y Diseño, ubicados en Suiza 23-bis, col. Portales, alc.ía Benito Juárez, C. P. 03300, Ciudad de México.

La edición estuvo al cuidado de ¿Y qué? editoras y del área de publicaciones de la UAM Cuajimalpa-Rectoría.

El tiraje es de 1 000 ejemplares.

A tinta fría. Distopía editorial es parte de la iniciativa
#QuiénHaceMisLibros
en favor de visibilizar a los distintos participantes
en la realización del producto editorial.

Al contrario del ideal utópico, caracterizado por la buenaventura y la abundancia, un futuro distópico supone escenarios catastróficos. En la distopía de *A tinta fría,* las autoras se plantean —con ironía e ingenio— qué sucedería si las personas que se encargan de hacer los libros, las revistas y los periódicos desaparecieran. ¿Qué ocurriría si quienes los escriben, leen, diseñan, venden o corrigen se esfumaran? ¿Cómo cambiaría nuestro mundo?

A tinta fría. Distopía editorial incluye diez relatos que narran los problemas —no tan hipotéticos— desencadenados tras la desaparición de los personajes clave de la industria editorial debido a alguna enfermedad, la suplantación de su identidad o su asesinato. En estas historias serás testigo de las extrañas circunstancias que obligan al librero, al lector, a la correctora de estilo, a la diseñadora, a la ilustradora, al autor, a la editora, a la impresora, a la abogada y al promotor a abandonar sus trabajos. El objetivo de estos cuentos es hacer evidente lo que a simple vista pasa inadvertido: el importante lugar que cada profesional tiene en la máquina de producción de contenido.

Esta publicación es un presente amistoso de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa con motivo del 12 de noviembre, Día Nacional del Libro.

Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Cuajimalpa

UiU!
UNIDAD DE IMPRESIONES URGENTES

¿y qué?
editoras